



escribe Scalabrini Ortiz

LA IGLESIA NO CONDENA EL PATRIOTISMO

Señor Director:

"El Vaticano advierte contra las tendencias extremas del nacionalismo". Con título aproximadamente similar *La Nación* y *La Prensa*, con tres días de diferencia, difundieron el texto fragmentario de un artículo de *L'Observatore Romano*. Era traslúcida la intención periodística de presentar a la más alta jerarquía católica en oposición a las líneas de resistencia nacional que, de una o de otra manera, pudieran calificarse de *nacionalistas*.

Son frases que tratan de formar conciencia por sí mismas, para ganar o tratar de conquistar —o desalentar al menos— a los poderosos y numerosos núcleos católicos de nuestro país, complicándolos de tal manera en la política de destrucción de las industrias, de endeudamiento indebido al extranjero y de infiltración de sus corrompidos agentes en los cuadros de los partidos políticos y de la administración nacional.

Son frases que procuran servir

NUNCA SERA EXCESIVA LA AUTODEFENSA DEL PAIS

de pantalla a los entregadores internos y de apoyo moral a las conciencias mercenarias que por un sueldo, una prebenda, un posible negocio o una posición social, ponen sus inteligencias y sus conocimientos al servicio de los invasores extranjeros, traicionando los intereses generales de su patria, de sus amigos y aun de sus propios hijos, que en el correr del tiempo caerán confundidos en la gran masa de los explotados.

Nacionalismo defensivo

El sentimiento que está brotando sordamente en la entraña misma de la tierra, el sentimiento que acaricia el ensueño forzosamente silencioso de las grandes multitudes argentinas, es un nacionalismo mínimo, un nacio-

nalismo defensivo de lo que es legal y jurídicamente nuestro, un nacionalismo que quiere amparar el justo derecho de usufructuar en paz los dones de la naturaleza y de su propio esfuerzo, para mantener un nivel de vida apenas compatible con la dignidad humana, que es base tan esencial de la doctrina católica que ningún oportunismo puede desvirtuar.

La sensibilidad nacional a que aquí nos referimos, que en cierta manera debe estar sobre y en todos los partidos políticos argentinos lealmente estructurados, es el equivalente colectivo del gesto desesperado que hace el hombre a quien le roban la cartera, la actitud del dueño de casa cuyo domicilio asaltan los bandidos o la del ciudadano que oscuramente presiente que curiales inescrupulosos, con artimañas legales y argucias de razonamiento, le están birlando el dominio de su legítimo patrimonio.

Parentescos internacionales

Hay en la humanidad contemporánea líneas de concordancia que son innegablemente inter-

nacionales. La asunción de una misma creencia teológica y de una misma elevada moral, pone al catolicismo en esa relevante ubicación super nacional. *L'Observatore Romano* lo ha recordado con exactitud. Otras líneas, quizá de menor categoría aunque no de menor realidad, son también internacionales. Hay, por ejemplo, más parentesco virtual entre un obrero argentino y un obrero británico que entre ese mismo obrero y su patrono. Es el parentesco proletario de sus necesidades y de sus conveniencias, idéntico al parentesco patronal, que también está por sobre las fronteras nacionales. Pero existe, al mismo tiempo, un lazo común entre el obrero argentino y el patrono argentino. Es la necesidad de que la fábrica exis-

ta y subsista. Si la fábrica argentina es destruida porque molesta con su competencia a la fábrica extranjera, el patrono se queda sin su propiedad y el obrero argentino sin su trabajo. Esa coincidencia es el lazo nacional que une al patrono y al obrero por arriba de sus antagónicos puntos de vista sociales. La suma de todos los lazos nacionales es el fundamento de la idea nacional, que el Estado argentino debe recoger e interpretar y a la que debe darle fuerza ejecutiva.

Explotación de un país por otro

La actividad internacional que se denomina "imperialismo económico" y que se caracteriza por ser la explotación pacífica y casi inadvertible, de una nación por otra, es una complicada simbiosis que se establece solapada-



EL PAPA LEÓN XIII
Denunció un orden anticristiano.

mente y se mantiene con subterfugios merced al mantenimiento de órdenes anormales. Bajo la dominación extranjera, que es invisible porque actúa a través de personeros lugareños, se coarta el libre desenvolvimiento de la personalidad humana, se impide la diversificación de funciones de la vida moderna, y así se desarrollan sociedades contrahechas y monstruosas, verdaderos incubos, frutos del demonio y de la voluntad del extranjero.

Una oligarquía de intermediarios corruptos —abogados, directores, síndicos, corredores, o simples subordinados comerciales—

sustituye en el ejercicio del poder a los hombres con verdadera y altruista vocación de mando. La vanagloria y la estulticia desplazan al temple y a la honradez del genuino dirigente. El imperialismo toma a su servicio a las mejores inteligencias de un país, para que aboguen y aleguen a su favor en contra de la nación. Las relaciones del individuo y de la sociedad quedan, entonces, interceptadas por esas oscuras fuerzas extranacionales, que obran dentro de la dinámica nacional, a través de sus voceros nacionales. La desmoralización cunde, y con ella la desconfianza en su propio esfuerzo. Una sociedad antinatural y antimoral es la consecuencia inmediata de esa corrosiva intervención extranjera. El Estado manejado por los servidores del capital extranjero, se revierte contra el in-

que únicamente quieren precaver a sus países de los peligros de la infiltración extranjera. En la página 1.014 de la enciclopedia católica titulada *Ecclesia*, publicada en París, en 1928, con referencia a "los excesos del nacionalismo", dice: "El peligro de un nacionalismo abusivo existe en las relaciones exteriores con los países extranjeros. Aun allí el Estado cristiano debe preocuparse de la moral, y no creer que todo le está permitido cuando una ocasión de ganancia se le presenta o cuando la fuerza le proporciona los medios para imponer su voluntad".

Acaso previene a G. Bretaña

La prevención con referencia a los nacionalismos excesivos, quizá sea, más bien, un modo indirecto de llamar la atención de

les a nuestra costa y, con la mediación de los más desconceptuados técnicos, procura intervenir y, más tarde, apoderarse de nuestros transportes por el inverosímil atajo de los fideicomisarios, para dejar, al fin, tan sólo la cáscara de una nación, cuya jugosa pulpa terminará perteneciéndole, como le pertenecía en el pasado, a consecuencia de no menos tortuosas y dolosas maniobras.

La Nación es una sociedad de grado superior eminente, que debe ejercer sus derechos con una independencia total en el dominio que es suyo. Y el Estado, que asume y resume la representación de la nación, tiene el irrecusable deber de impedir las acciones de agresivo nacionalismo extranjero que amenazan a sus miembros, y considerar, por su parte, que de ninguna manera, y desde ningún ángulo, puede calificarse de nacionalismo excesivo a la voluntad de defender a nuestra industria, mantener el salario de nuestros obreros y su plena ocupación, querer continuar manejando nuestra propia moneda y la distribución del crédito, proponernos proseguir poseyendo los medios de transportes que son nuestros, e intentar, sin perjuicio para nadie, la diversificación de la vida colectiva y la más amplia extensión de la libertad y de la felicidad individual.

Pero si nos dejamos intimidar por estas frases que torcidamente difunden los menestrales de la voluntad extranjera, o nos abandonamos a la inercia de la cobardía y la debilidad, dentro de poco hasta nos será imposible —como era en el pasado— cumplir los mínimos preceptos formulados por las Naciones Unidas de dar a "toda persona que trabaja una remuneración equitativa y satisfactoria que le asegure a él y a su familia una existencia conforme a la dignidad humana". Y esto es lo que nos debe importar, aunque mientras tanto el obrero inglés no haya podido aumentar su ya alto nivel de vida, ni el gobierno *tory* su prestigio.

Desde este punto de vista, que es menos traslucido que el otro, y que, con seguridad, no vieron ni *La Nación* ni *La Prensa*, agradecemos que el Vaticano haya prevenido a los católicos argentinos contra las tendencias disgregadoras del agresivo nacionalismo británico, del que estamos siendo víctimas indefensas por ahora.

Rasil Scalabrini Ortiz



ASEGURAR TRABAJO A LOS OBREROS ARGENTINOS
¿Acaso, no es lícito postular un nivel de vida digno?

terés de sus subordinados, y se crea, así, un orden antinatural, esencialmente anticristiano, porque, como muy bien lo dijo León XIII, "el Estado se pone en oposición con las reglas y las prescripciones de la naturaleza cuando deja al error y al vicio una libertad que permite desviar impunemente a las inteligencias de la verdad y a las conciencias de la virtud" (*Inmortale Dei*).

No reza con los de aquí

La oposición del Vaticano a los excesos del nacionalismo —que está en la esencia ecuménica del catolicismo— no reza, pues, con aquellos ciudadanos

Gran Bretaña sobre la insólita inmoralidad de sus operaciones. Prevalido de las dificultades y de los errores argentinos, el gobierno *tory* de la Gran Bretaña, para contrarrestar la amenaza de inflación interna, abaratar y aumentar sus consumos a nuestra costa, y abrir un mercado para sus quincallerías, no vacila al intentar arrasarse nuestra incipiente industria. Con pretextos que son casi pueriles —como el de impedir el dirigismo del Estado— se apropia, por intermedio de sus viejos personeros, del control del crédito y de los medios internos de cambio, que le permitirán ir formando capita-